

Me mandasteis una carta diciéndome que debía estar convencido de que vuestra manera de pensar coincidía con la de Dión y que, precisamente por ello, me invitabais a que colaborara con vosotros en la medida de lo posible, tanto con palabras como con hechos. Pues bien, en lo que a mí se refiere, yo estoy de acuerdo en colaborar si, efectivamente, tenéis las mismas ideas y las mismas aspiraciones que él, pero, de no ser así, tendré que pensármelo muchas veces. Yo podría hablar de sus pensamientos y de sus proyectos, no por mera conjetura, sino con perfecto conocimiento de causa. En efecto, cuando yo llegué por primera vez a Siracusa, tenía cerca de cuarenta años; Dión tenía la edad que ahora tiene Hiparino, y las convicciones que tenía entonces no dejó de mantenerlas durante toda su vida: creía que los siracusanos debían ser libres y debían regirse por las leyes mejores, de modo que no es nada sorprendente que algún dios haya hecho coincidir sus ideales políticos con los de aquél. Merece la pena que tanto los jóvenes como los que no lo son se enteren del proceso de gestación de estos ideales; por ello voy a intentar explicároslo desde el principio, ya que las circunstancias presentes me dan ocasión para ello.

Antaño, cuando yo era joven, sentí lo mismo que les pasa a otros muchos. Tenía la idea de dedicarme a la política tan pronto como fuera dueño de mis actos, y las circunstancias en que se me presentaba la situación de mi país eran las siguientes: al ser acosado por muchos lados el régimen político entonces existente, se produjo una revolución; al frente de este cambio político se establecieron como jefes cincuenta y un hombres: once en la ciudad y diez en el Pireo (unos y otros encargados de la administración pública en el ágora y en los asuntos municipales), mientras que treinta se constituyeron con plenos poderes como autoridad suprema. Ocurría que algunos de ellos eran parientes y conocidos míos y, en consecuencia, me invitaron al punto a colaborar en trabajos que, según ellos, me interesaban. Lo que me ocurrió no es de extrañar, dada mi juventud: yo creí que iban a gobernar la ciudad sacándola de un régimen injusto para llevarla a un sistema justo, de modo que puse una enorme atención en ver lo que podía conseguir. En realidad, lo que vi es que en poco tiempo hicieron parecer de oro al antiguo régimen; entre otras cosas, enviaron a mi querido y viejo amigo Sócrates, de quien no tendría ningún reparo en afirmar que fue el hombre más justo de su época, para que, acompañado de otras personas, detuviera a un ciudadano y lo condujera violentamente a su ejecución, con el fin evidente de hacerle cómplice de sus actividades criminales tanto si quería como si no. Pero Sócrates no obedeció y se arriesgó a toda clase de peligros antes que colaborar en sus iniquidades. Viendo, pues, como decía, todas estas cosas y aun otras de la misma gravedad, me indigné y me abstuve de las vergüenzas de aquella época. Poco tiempo después cayó el régimen de los Treinta con todo su sistema político. Y otra vez, aunque con más tranquilidad, me arrastró el deseo de dedicarme a la actividad política. Desde luego, también en aquella situación, por tratarse de una época turbulenta, ocurrían muchas cosas indignantes, y no es nada extraño que, en medio de una revolución, algunas personas se tomaran venganzas excesivas de sus enemigos. Sin embargo, los que entonces se repatriaron se comportaron con una gran moderación. Pero la casualidad quiso que algunos de los que ocupaban el poder hicieran comparecer ante el tribunal a nuestro amigo Sócrates, ya citado, y presentaran contra él la acusación más inicua y más inmerecida: en efecto, unos hicieron comparecer, acusado de impiedad, y otros condenaron y dieron muerte al hombre que un día se negó a colaborar en la detención ilegal de un amigo de los entonces desterrados, cuando ellos mismos sufrían la desgracia del exilio. Al observar yo estas cosas y ver a los hombres que llevaban la política, así como las leyes y las

costumbres, cuanto más atentamente lo estudiaba y más iba avanzando en edad, tanto más difícil me parecía administrar bien los asuntos públicos. Por una parte, no me parecía que pudiera hacerlo sin la ayuda de amigos y colaboradores de confianza, y no era fácil encontrar a quienes lo fueran, ya que la ciudad ya no se regía según las costumbres y usos de nuestros antepasados, y era imposible adquirir otros nuevos con alguna facilidad. Por otra parte, tanto la letra de las leyes como las costumbres se iban corrompiendo hasta tal punto que yo, que al principio estaba lleno de un gran entusiasmo para trabajar en actividades públicas, al dirigir la mirada a la situación y ver que todo iba a la deriva por todas partes, acabé por marearme. Sin embargo, no dejaba de reflexionar sobre la posibilidad de mejorar la situación y, en consecuencia, todo el sistema político, pero sí dejé de esperar continuamente las ocasiones para actuar, y al final llegué a comprender que todos los Estados actuales están mal gobernados; pues su legislación casi no tiene remedio sin una reforma extraordinaria unida a felices circunstancias. Entonces me sentí obligado a reconocer, en alabanza de la filosofía verdadera, que sólo a partir de ella es posible distinguir lo que es justo, tanto en el terreno de la vida pública como en la privada. Por ello, no cesarán los males del género humano hasta que ocupen el poder los filósofos puros y auténticos o bien los que ejercen el poder en las ciudades lleguen a ser filósofos verdaderos, gracias a un especial favor divino.

Ésta es la manera de ver las cosas que yo tenía cuando llegué por primera vez a Italia y a Sicilia. En aquella ocasión no me gustó en absoluto la clase de vida allí considerada feliz, atiborrada de banquetes a la manera italiana y siracusana; hinchándose de comer dos veces al día, no dormir nunca solo por la noche, y todo lo que acompaña a este género de vida. Pues con tales costumbres no hay hombre bajo el cielo que, viviendo esta clase de vida desde su niñez, pueda llegar a ser sensato (nadie podría tener una naturaleza tan maravillosamente equilibrada): ni siquiera podría ser prudente, y, desde luego, lo mismo podría decirse de las otras virtudes. Y ninguna ciudad podría mantenerse tranquila bajo las leyes, cualesquiera que sean, con hombres convencidos de que deben dilapidar todos sus bienes en excesos y que crean que deben permanecer totalmente inactivos en todo lo que no sean banquetes, bebidas o esfuerzos en busca de placeres amorosos. Forzosamente, tales ciudades nunca dejarán de cambiar de régimen entre tiranías, oligarquías y democracias, y los que mandan en ellas ni soportarán siquiera oír el nombre de un régimen político justo e igualitario.

Durante mi viaje a Siracusa, yo me hacía estas consideraciones, añadidas a las anteriores, tal vez guiado por el destino. Parece, en efecto, que algún dios preparaba entonces el principio de los sucesos que ahora han ocurrido, referentes a Dión y a Siracusa y todavía pueden temerse males mayores en el caso de que no atendáis mis instrucciones al actuar como consejero por segunda vez.

Pues bien, ¿cómo puedo decir que mi llegada a Sicilia fue el principio de todo lo que ocurrió? Al entablar entonces yo relaciones con Dión, que era un joven, y explicarle en mis conversaciones lo que me parecía mejor para los hombres, aconsejándole que lo pusiera en práctica, es posible que no me diera cuenta de que de alguna manera estaba preparando inconscientemente la futura caída de la tiranía. Porque Dión, que tenía una gran facilidad para aprender en general, y la tuvo especialmente para las enseñanzas que entonces recibí de mí, las asimiló con tanto interés y entusiasmo como ninguno de los jóvenes con los que tuve relación y decidió llevar en adelante un género de vida distinto al de la mayoría de los itálicos y sicilianos, dando mayor importancia a la virtud que al placer y a cualquier otro tipo de sensualidad; por ello su vida se hizo odiosa, especialmente para los que viven según las normas del régimen tiránico, hasta que se produjo la muerte de Dionisio. Después de este suceso, se propuso no guardar sólo para

él esta manera de pensar que había adquirido gracias a rectas enseñanzas, y al ver que estos ideales también estaban arraigados en otras personas, no en muchas, desde luego, pero sí en algunas, pensó que uno de ellos podría ser Dionisio con la colaboración de los dioses, y consideró que, si ello ocurría, tanto su vida como la del resto de los siracusanos llegaría a ser el colmo de la felicidad. Además de esto, pensó que yo debía acudir a Siracusa a la mayor brevedad por todos los medios posibles, como colaborador de estos planes, recordando con qué facilidad nuestras relaciones le habían llevado al deseo de una vida más hermosa y más feliz. Y si esto mismo, tal como lo intentaba, llegaba a conseguirse en Dionisio, tenía grandes esperanzas de que, sin matanzas ni crímenes ni las desgracias que se han producido actualmente, llegaría a establecer en todo el país una vida verdaderamente dichosa.

Con estas acertadas convicciones, Dión logró persuadir a Dionisio de que me mandara llamar, y él personalmente me mandó un mensaje pidiéndome que acudiera a la mayor brevedad, por cualquier procedimiento, antes de que otras personas que rodeaban a Dionisio influyeran sobre él para apartarle hacia otro género de vida que no fuera perfecto. Y me lo pedía con estas palabras, aunque tenga que extenderme demasiado: «¿Qué ocasión mejor podemos esperar que esta que ahora se presenta por una especial gracia divina?» Me describía el imperio de Italia y de Sicilia y su especial influencia en él, hablaba de la juventud de Dionisio y de su especial interés por la filosofía y por la educación, me decía asimismo que sus sobrinos y parientes se mostraban muy inclinados hacia las doctrinas y sistema de vida que yo predicaba, y que eran los más adecuados para atraer a Dionisio, de modo que más que nunca podría realizarse la esperanza completa de que llegaran a coincidir en las mismas personas los filósofos y los conductores de grandes ciudades. Éstas eran las exhortaciones que me dirigían y otras muchas parecidas, pero el miedo se apoderaba de mis pensamientos respecto a los jóvenes sobre lo que podría ocurrir algún día, pues sus ambiciones son volubles y cambian con frecuencia en sentido contrario. En cambio, sabía que Dión tenía un carácter naturalmente serio y que era de una edad ya madura. Por ello, al reflexionar lleno de dudas sobre si debía ir o qué debía hacer, lo que hizo inclinar la balanza fue la idea de que, si alguna vez había que intentar llevar a cabo las ideas pensadas acerca de las leyes y la política, éste era el momento de intentarlo, pues si podía convencer suficientemente a un solo hombre, habría conseguido la realización de toda clase de bienes.

Con esta disposición de ánimo me aventuré a salir de mi patria, no por los motivos que algunos imaginaban, sino porque estaba muy avergonzado ante mis propios ojos de que pudiera parecer sin más únicamente como un charlatán de feria a quien no le gustaba atenerse a la realidad de las cosas y que iba a arriesgarme a traicionar en primer lugar los vínculos de hospitalidad y de amistad con Dión, en un momento en que se encontraba en una situación realmente crítica. Ahora bien, si llegaba a ocurrirle algo, si desterrado por Dionisio y por sus enemigos en general viniera a refugiarse a mí en su destierro y me interpelara con estas palabras: «Platón, vengo a ti como exiliado, no porque me faltaran hoplitas o fuerzas de caballería para defenderme contra mis enemigos, sino discursos persuasivos, con los que yo sabía que tú mejor que nadie puedes orientar a los jóvenes hacia el bien y la justicia y establecer entre ellos vínculos de afecto y amistad. He carecido de ellos por tu culpa, y ahora he tenido que abandonar Siracusa y me encuentro aquí. La vergüenza que supone para ti mi situación es lo de menos, pero la filosofía, a la que estás continuamente ensalzando y que tú afirmas que está despreciada por el resto de los hombres, ¿acaso no la has traicionado, juntamente conmigo, en lo que de ti ha dependido? Porque si acaso hubiéramos vivido en Mégara, seguro que habrías acudido a ayudarnos en lo que yo te hubiera pedido, o te habrías

considerado el más miserable de los hombres. Pero, dada la realidad de las cosas, ¿piensas que poniendo como pretexto la duración del viaje, la importancia y penosidad de la travesía va a librarte en el futuro de ser tenido como un cobarde? De ninguna manera». Si se me dijeran estas palabras, ¿qué respuesta decente podría darle? Ninguna. Por ello acudí, por motivos razonables y justos, en la medida en que pueden serlo los humanos; abandoné por ello mis propias ocupaciones, que no eran baladíes, y fui a ponerme a las órdenes de un régimen tiránico que no parecía adecuado ni a mis enseñanzas ni a mi persona. Con mi viaje me liberé de responsabilidad ante Zeus hospitalario y desempeñé irreprochablemente mi papel de filósofo, que habría sido censurable si yo hubiera incurrido en una falta vergonzosa por ceder a las comodidades y a la cobardía.

Al llegar, pues no hay que extenderse demasiado, me encontré con una situación llena de intrigas en torno a Dionisio y de calumnias contra Dión ante el tirano. Le defendí en la medida de mis fuerzas, pero mi influencia era pequeña, y a los tres meses aproximadamente, acusó Dionisio a Dión de conspirar contra la tiranía, le hizo embarcar a bordo de un barquichuelo y lo desterró ignominiosamente. Consecuentemente, todos los amigos de Dión estábamos temerosos de que acusara y castigara a cualquiera como cómplice de su conspiración. Concretamente en mi caso, incluso corrió el rumor en Siracusa de que había muerto por orden de Dionisio, como responsable de todo lo que había ocurrido entonces. Pero él, dándose cuenta de la situación de alarma en que nos encontrábamos y temiendo que nuestros temores se tradujeran en hechos más graves, intentaba captarnos con amabilidad, y, desde luego, a mí en particular me animaba, me invitaba a tener confianza y me pedía insistentemente que me quedara. En efecto, ocurría que, si yo lo abandonaba, no le hacía ningún favor, pero sí el quedarme, y precisamente por eso fingía pedírmelo con todo interés. Pero ya sabemos que los ruegos de los tiranos están mezclados con imposiciones: Dionisio tomó sus medidas para evitar que me marchara, me hizo conducir a la acrópolis y alojarme allí, de donde ningún capitán de barco habría podido sacarme, no ya contra la voluntad de Dionisio, sino a menos que él lo ordenara personalmente enviando a alguien con mi permiso de salida. Tampoco había un solo mercader ni funcionario encargado de la vigilancia de fronteras que me hubiera sorprendido abandonando solo el país sin detenerme al momento y conducirme de nuevo a la presencia de Dionisio, sobre todo cuando ya se había difundido el rumor, completamente contrario al anterior, en el sentido de que Dionisio tenía una extraordinaria estima hacia Platón. ¿Qué había de cierto en ello? Hay que decir la verdad. Con el tiempo, él me iba estimando cada vez más, a medida que se iba familiarizando con mi manera de ser y mi carácter, pero pretendía que yo lo elogiara más que a Dión y que lo considerara mucho más amigo que a éste, y porfiaba enormemente para conseguirlo. En cambio, recelaba en utilizar el procedimiento mejor para ello, si es que había de llegar del mejor modo posible, es decir, convivir conmigo como discípulo y oyente de mis razonamientos filosóficos, pues temía, según los argumentos de los calumniadores, verse cogido en una trampa y que todo fuera obra de Dión. Por mi parte, yo lo aguantaba todo, fiel a los planes que en un primer momento me habían hecho acudir allí, pendiente de que sintiera el deseo de vivir de acuerdo con la filosofía; pero prevaleció su resistencia.

Éstas fueron las vicisitudes entre las que transcurrió la primera época de mi viaje a Sicilia y mi estancia en ella. Después de esto yo salí de la isla, pero tuve que volver de nuevo ante las llamadas con la mayor insistencia, de Dionisio. Hasta qué punto fueron razonables y justos los motivos por los que obré así y las actividades que realicé, os lo explicaré posteriormente para responder a los que me preguntan qué me proponía cuando volví por segunda vez, pero antes voy a aconsejaros sobre lo que debéis hacer a

partir de los recientes acontecimientos para evitar que lo accesorio de mi relato se convierta en el punto principal. Esto es lo que tengo que decir: el consejero de un hombre enfermo, lo primero que tiene que hacer, si el enfermo sigue un régimen perjudicial para su salud, es hacerle cambiar su género de vida; si el enfermo está dispuesto a obedecerle, debe darle nuevas prescripciones, y, si se niega, yo consideraría hombre de bien y un buen médico a quien no se prestase a nuevas consultas, mientras que si persistiese, por el contrario, lo consideraría tan carente de hombría como de ciencia. Lo mismo ocurre con la ciudad, tanto si tiene uno como si tiene muchos jefes. Si caminando normalmente, por el camino recto de gobierno, solicita un consejo sobre un punto útil, es propio de un hombre sensato dar consejo, pero si, por el contrario, caminan enteramente fuera de un correcto gobierno y no están dispuestos en absoluto a seguir sus huellas y previenen a su consejero que deje la constitución tranquila y que no toque nada, bajo peligro de muerte si lo toca, y le ordena que aconseje sirviendo a sus propias voluntades y caprichos, indicándoles por qué medio todo sería más fácil y más cómodo y más expeditivo para siempre, yo al hombre que soportara tales consultas lo tendría por un cobarde, y por hombre cabal al que no las tolerara. Teniendo yo esta manera de pensar, cuando se me solicita consejo sobre un punto importante referente a la propia vida, como, por ejemplo, la adquisición de bienes o el cuidado de su cuerpo o su espíritu, si yo creo que su conducta habitual se ajusta a ciertas exigencias, o si pienso que al aconsejarle yo estará dispuesto a someterse en las materias que me consulta, le aconsejo de todo corazón y no me limito a librarme de él descargando mi conciencia. Pero si no se me pide consejo en absoluto o salta a la vista que al aconsejar no me va a obedecer, yo no me dirijo a esa persona por propia iniciativa para darle consejos y, desde luego, no voy a coaccionarla, ni aunque se tratara de mi hijo. A mi esclavo sí le daría consejos, y si se resistiera, se los impondría. Pero a un padre o a una madre no me parece lícito coaccionarles, no siendo que estén afectados por una enfermedad mental, y si ocurre que llevan un género de vida que les gusta a ellos y no a mí, no me parece conveniente irritarlos inútilmente con reproches ni tampoco adularlos con mis elogios para darles gusto, procurando facilitarles sus deseos que yo por mi parte no querría vivir tratando de alcanzarlos. Precisamente con este criterio respecto a su propia ciudad debe vivir el hombre sensato; si creyera que su ciudad no está bien gobernada, debe decirlo, siempre que no vaya a hablar con ligereza o sin ponerse en peligro de muerte, pero no debe emplear la violencia contra su patria para cambiar el régimen político cuando no se pueda conseguir el mejor sino a costa de destierros y de muertes; debe mantenerse tranquilo y rezar a los dioses por su propio bien y el del país.

Es, pues, de esta manera como yo podría daros consejos, y es así como se los di a Dionisio de acuerdo con Dión: le recomendé ante todo que viviera cotidianamente de modo que llegara a ser cada vez más dueño de sí mismo y consiguiera amigos y camaradas fieles, para que no le ocurriera como a su padre, quien, después de adquirir muchas grandes ciudades de Sicilia que habían sido devastadas por los bárbaros, no fue capaz después de reorganizarlas, de establecer en ellas gobiernos de confianza formados con partidarios suyos, elegidos entre extranjeros de cualquier procedencia o entre sus hermanos, a quienes había criado él mismo porque eran más pequeños y a los que de simples particulares había convertido en jefes y de pobres en hombres inmensamente ricos. A ninguno de ellos consiguió convertirle en colaborador de su gobierno, a pesar de sus esfuerzos mediante la persuasión, la información, los favores y los afectos familiares. En este aspecto se mostró siete veces inferior a Darío, quien no se confió a hermanos ni a personas criadas por él, sino únicamente a aliados de su victoria sobre el eunuco medo, dividió su reino en siete partes, cada una de ellas mayor que toda Sicilia, y encontró en ellos colaboradores fieles que ni le atacaron a él ni se atacaron entre sí.

Dio con ello ejemplo de lo que debe ser un buen legislador y un buen rey, ya que, gracias a las leyes que promulgó, conservó hasta nuestros días el imperio persa. Está también el caso de los atenienses; ellos no colonizaron por sí mismos muchas de las ciudades griegas invadidas por los bárbaros, sino que las ocuparon cuando todavía estaban pobladas, a pesar de lo cual conservaron el dominio durante setenta años, ya que habían conseguido hacerse partidarios en todas ellas. En cambio, Dionisio, que había concentrado toda Sicilia en una sola ciudad y que por su engreimiento no se fiaba de nadie, a duras penas pudo mantenerse, porque era pobre de amigos y de personas de confianza, y no hay muestra más evidente de la virtud o maldad de un hombre que la abundancia o escasez de tales personas. Éstos eran precisamente los consejos que le dábamos a Dionisio Dión y yo, ya que por culpa de su padre le faltaba la sociabilidad que proporciona la educación y la que emana de unas relaciones adecuadas; nosotros le animábamos a que se interesara por hacerse otros amigos entre sus parientes y camaradas de su misma edad que estuvieran de acuerdo entre sí para la adquisición de la virtud, pero ante todo para que se pusiera de acuerdo consigo mismo, ya que tenía una enorme necesidad de ello. No se lo decíamos así de claro (esto habría sido peligroso), sino con palabras encubiertas, manteniendo firmemente que es así como un hombre puede guardarse a sí mismo y a las personas a las que gobierna, mientras que el obrar de otra manera consigue resultados totalmente opuestos; que siguiendo el camino que nosotros le indicábamos y comportándose como un hombre reflexivo y sensato, si reconstruía las ciudades devastadas de Sicilia y las asociaba entre ellas por medio de leyes y constituciones, de modo que se estrechara su unión entre sí y con el propio Dionisio para defenderse contra los bárbaros, podría no ya duplicar el imperio de su padre, sino que en realidad lo multiplicaría. En efecto, si tal cosa ocurría, estaría mucho más en condiciones de someter a los cartagineses de lo que se había hecho en tiempo de Gelón, mientras que ahora su padre, por el contrario, se había visto obligado a pagar un tributo a los bárbaros. Éstas eran las palabras y los consejos que nosotros le dábamos a Dionisio cuando conspirábamos según los rumores que circulaban por muchas partes y que, al encontrar acogida en Dionisio, provocaron el destierro de Dión y a nosotros nos pusieron en estado de temor. Pero, para poner fin al relato de numerosos acontecimientos que ocurrieron en poco tiempo, Dión volvió del Peloponeso y de Atenas y dio a Dionisio una lección con los hechos. Pues bien, después de liberar su ciudad y devolvérsela dos veces a los siracusanos, éstos tuvieron la misma reacción que había tenido Dionisio cuando Dión intentaba educarle y hacer de él un rey digno del mando, esforzándose para colaborar con él en una completa familiaridad de vida: Dionisio prefirió hacer caso de los calumniadores que acusaban a Dión de atentar contra la tiranía en todas sus actividades de aquella época, con la pretensión de que Dionisio, dejando seducir su atención por la cultura, se desentendiera del gobierno y lo dejara en sus manos, para usurparlo él con engaño y expulsar del poder a Dionisio. Estas calumnias prevalecieron entonces y lo mismo ocurrió por segunda vez cuando se difundieron en Siracusa: victoria, por lo demás, absurda y denigrante para sus autores. De lo que ocurrió entonces deben enterarse los que reclaman mi ayuda en la situación actual. Yo, un ateniense amigo de Dión y aliado suyo, me presenté ante el tirano para convertir la discordia en amistad, pero sucumbí en mi lucha contra los calumniadores. Y cuando Dionisio trató de convencerme con honores y riquezas para ponerme de su parte y convertirme en testigo y amigo suyo para contribuir a darle buena apariencia al destierro de Dión, todos sus esfuerzos fracasaron. Más tarde, al regresar Dión a su patria, llevó consigo desde Atenas a dos hermanos, cuya amistad con él no procedía de la filosofía, sino del compañerismo habitual propio de la mayoría de los amigos que surge de los vínculos de hospitalidad o de las relaciones entre iniciados en los diversos

grados de los misterios. Éstos fueron, efectivamente, los dos amigos que le acompañaron en el regreso, que llegaron a ser camaradas suyos por los motivos ya citados y por la ayuda que le prestaron para el viaje de vuelta. Y cuando llegaron a Sicilia y se dieron cuenta de que los mismos sicilianos a los que había liberado le acusaban calumniosamente de conspirar para convertirse en tirano, no sólo traicionaron a su amigo y huésped, sino que, por así decirlo se convirtieron en autores materiales de su asesinato, asistiendo y ayudando personalmente a los asesinos con las armas en la mano. No quiero omitir esta acción vergonzosa y sacrílega, ni tampoco voy a volver sobre ella, pues ya son muchos los que se han preocupado de repetirla y se encargarán de hacerlo también en el futuro, pero rechazo terminantemente lo que se dice de los atenienses, que estos dos individuos mancharon de infamia la ciudad; afirmo, en efecto, que también fue ateniense el que nunca traicionó a Dión, aunque hubiera podido hacerlo a cambio de recibir riquezas y toda clase de honores. Y es que no les unía una amistad vulgar, sino una común educación liberal, que es en lo único en que debe confiar un hombre sensato, más que en cualquier afinidad espiritual o física. De modo que no es justo que los dos asesinos de Dión se conviertan en oprobio para la ciudad, como si alguna vez hubieran sido hombres dignos de tenerse en cuenta.

He dicho todo esto para que sirva de advertencia a los amigos y parientes de Dión. Sobre lo ya dicho, renuevo por tercera vez el mismo consejo con las mismas palabras a vosotros, que sois los terceros en recibirlo: no sometáis Sicilia ni ninguna otra ciudad a dueños absolutos —al menos ésa es mi opinión—, sino a las leyes, ya que ello no es bueno ni para los que someten ni para los sometidos, ni para ellos ni para sus hijos, ni para los descendientes de sus hijos. Es incluso una empresa absolutamente nefasta, y sólo a los espíritus mezquinos y serviles les gusta rapiñar en semejantes ganancias, gentes ignorantes por completo de lo bueno y de lo justo entre los hombres y los dioses, tanto en lo que se refiere al porvenir como al presente. Es de esto de lo que primero intenté convencer a Dión, en segundo lugar a Dionisio, y ahora, en tercer lugar, a vosotros. Escuchadme pues, por amor a Zeus, tercer salvador, poniendo también la mirada en Dionisio y Dión, el primero de los cuales no me escuchó y vive ahora indignamente, y el segundo me hizo caso e y ha muerto con honra, pues a quien aspira el soberano bien para sí y para la ciudad cualquier cosa que le ocurra es justo y bueno. Ninguno de nosotros ha nacido inmortal, y si alguien llegara a serlo, no por ello sería feliz, como piensa mucha gente, pues no hay mal ni bien digno de tal nombre para lo que no tiene alma, sino que sólo puede darse en el alma, unida al cuerpo o separada. Hay que creer verdaderamente y siempre en las antiguas y sagradas tradiciones que nos revelan que el alma es inmortal, y que estará sometida a jueces y sufrirá terribles castigos cuando se separe del cuerpo. Precisamente por ello debemos considerar como un mal menor el ser víctimas de grandes crímenes o injusticias que el cometerlos. El hombre ansioso de riquezas y pobre de espíritu no escucha estos razonamientos, y si los oye, piensa que debe burlarse de ellos y se lanza sin pudor por todas partes, como un animal salvaje, sobre todo lo que sea capaz de comer o de beber, o sobre lo que pueda proporcionarle hasta la saciedad ese placer rastrero y burdo mal llamado amor. Está ciego y no ve el mal tan grande unido a cada uno de sus delitos, la impiedad que acompaña a sus latrocinios, impiedad que necesariamente debe arrastrar al delincuente mientras ande dando vueltas por la tierra y cuando regrese a las moradas subterráneas, en un viaje vergonzoso y miserable totalmente y en todas partes. Con estos razonamientos y otros parecidos, yo trataba de convencer a Dión, y con toda justicia podría indignarme contra los que lo mataron casi tanto como contra Dionisio pues entre todos me causaron a mí el daño más grave, y podría decirse que a toda la humanidad: los primeros, por haber dado muerte a un hombre que quería emplear la justicia; el

segundo, por no querer utilizarla durante todo su reinado. Tenía el poder absoluto, y si hubiera reunido realmente en una misma persona la filosofía y el poder, habría hecho brillar entre todos los griegos y bárbaros y habría implantado suficientemente entre otros la recta opinión de que no hay ciudad ni individuo que puedan ser felices sin llevar una vida de sabiduría bajo las normas de la justicia, ya porque posean estas virtudes por sí mismos, ya porque hayan sido criados y educados debidamente en las costumbres de piadosos maestros. Éste es el daño que causó Dionisio. Todos los demás cuentan poco para mí al lado de éste. Y en cuanto al asesino de Dión, sin darse cuenta ha hecho exactamente lo mismo que Dionisio. Porque yo tengo la completa certeza, hasta donde un hombre puede responder de otro, de que Dión, si hubiera alcanzado el poder, no lo habría orientado a otras normas de gobierno que las siguientes: en primer lugar, habría liberado de la esclavitud a Siracusa, su patria, la habría revestido radiantemente de mujer libre; a continuación, habría puesto todos los medios posibles para dotar a los ciudadanos de las leyes mejores y más adecuadas, y luego se habría interesado en la tarea de repoblar Sicilia entera y liberarla de los bárbaros, expulsando a unos y sometiendo a otros con más facilidad que Hierón. Y una vez que esto se hubiera convertido en realidad gracias a un hombre justo y valeroso, al mismo tiempo que sensato y filósofo, habría nacido en la generalidad de las gentes la misma opinión sobre la virtud que, si me hubiera hecho caso Dionisio, se habría extendido entre todos, por así decirlo, y los habría salvado. Pero, en realidad, algún demonio, algún espíritu maligno irrumpió con el desprecio a la ley, con el ateísmo y, lo que es peor, con la audacia que nace de la ignorancia en la que echan raíces todos los males, y crecen y a continuación producen un fruto amarguísimo a quienes los engendraron; esta ignorancia fue la que por segunda vez lo arruinó y lo destruyó todo.

Pero ahora debemos pronunciar palabras de buen agüero, para evitar esta tercera vez los presagios. No por ello voy a dejar de aconsejaros a vosotros, sus amigos, que imitéis a Dión, tanto en su amor a la patria como la sensatez de su vida, y que procuréis cumplir sus deseos con mejores auspicios; cuáles eran dichos deseos me lo habéis oído decir con toda claridad. Y si alguno no es capaz de vivir a la manera dórica de acuerdo con las costumbres tradicionales, sino que aspira a seguir el género de vida de los asesinos de Dión y las costumbres sicilianas, no pidáis su colaboración ni penséis que puede actuar alguna vez con lealtad y honradez. Invitad, en cambio, a los demás a colaborar en la colonización de toda Sicilia y en el establecimiento de una legislación igual y común para todos, tanto si proceden de la misma Sicilia como si vienen de cualquier región del Peloponeso. Y no temáis tampoco a Atenas, pues también allí hay personas que destacan sobre todos en virtud y aborrecen a los osados asesinos de sus huéspedes. Y si esta situación se retrasara, mientras de hecho os están apremiando las continuas sediciones y discordias de todas clases que surgen a diario, toda persona dotada del más pequeño sentido de la rectitud por algún designio divino tiene que darse cuenta de que los males de las guerras civiles no terminarán hasta que los vencedores dejen de vengarse con batallas, exilios y matanzas y de lanzarse al castigo de sus enemigos; hasta que se controlen a sí mismos y establezcan leyes imparciales, tan favorables para ellos como para los vencidos y les obliguen a cumplir dichas leyes mediante dos sistemas de coacción: el respeto y el temor. El temor, demostrando la superioridad de su fuerza material; el respeto, presentándose como personas que dominan sus pasiones y prefieren estar al servicio de las leyes y pueden hacerlo. De otra forma no es posible que algún día cesen los males de una ciudad en la que reina la guerra civil, sino que las discordias, odios, enemistades y traiciones suelen darse continuamente en el interior de las ciudades que se encuentran en tal situación. Por ello, los vencedores en cada caso, si realmente desean la salvación del Estado, ¿deben elegir entre ellos mismos a los griegos de los que



tengan mejores informes, ante todo hombres de edad madura, que tengan en su casa mujeres e hijos y cuyos ascendientes conocidos sean lo más numerosos posible y con buena reputación, y que todos tengan fortuna suficiente. (Si la ciudad tiene diez mil habitantes, será suficiente con cincuenta hombres que reúnan estas condiciones). A estas personas hay que atraerlas a base de ruegos y promesas de los máximos honores para que salgan de sus casas, y luego hay que suplicarles y ordenarles, previa prestación de juramento, que promulguen leyes que no den más ventajas ni a vencedores ni a vencidos, sino que establezcan la igualdad de derechos para toda la ciudad. Todo depende, efectivamente, de esto, del establecimiento de las leyes. Porque si los vencedores se muestran más sometidos a las leyes que los vencidos, todo será bienestar y felicidad y la ciudad quedará liberada de males; en caso contrario, no pidáis mi colaboración ni la de nadie para colaborar con los que no atienden los presentes consejos. Todo esto, en efecto, guarda una estrecha afinidad con lo que Dión y yo intentamos, empujados por nuestro afecto hacia Siracusa, llevar a cabo en la segunda tentativa a cabo ahora más felizmente, con buena suerte y la ayuda divina.

Éstos son, pues, mis consejos y recomendaciones, así como el relato de mi primer viaje a la corte de Dionisio. En cuanto a mi segunda marcha y mi segunda travesía, las personas a las que esto interese podrán enterarse de hasta qué punto fue lógico y conveniente. El primer período de mi estancia en Sicilia se desarrolló, tal como ya expliqué, antes de exponer mis consejos a los parientes y amigos de Dión. A continuación, yo intenté convencer a Dionisio como pude para que me dejara marchar, y ambos nos pusimos de acuerdo para cuando se restableciera la paz, pues entonces había guerra en Sicilia. Dionisio aseguró que nos mandaría llamar, a Dión y a mí, una vez que hubiera reforzado su gobierno de modo más seguro para él, y el pidió a Dión que no considerara como un destierro lo que le había ocurrido en aquella ocasión, sino como un cambio de residencia. Por mi parte, convine en regresar en estas condiciones. Cuando se restableció la paz, me mandó llamar a mí, pero le dijo a Dión que esperara un año más, mientras que a mí me pidió que acudiera a toda costa. Dión, por su parte, me empujaba y me pedía que zarpara; corrían, en efecto, insistentes rumores procedentes de Sicilia dando a entender que Dionisio había sentido de nuevo entonces un extraordinario entusiasmo por la filosofía, motivo por el cual me rogaba Dión insistentemente que no desatendiera la llamada. Por mi parte, yo sabía que con frecuencia los jóvenes pasan por situaciones parecidas respecto a la filosofía, a pesar de lo cual pensé que era más seguro dejar de lado de momento a Dión y a Dionisio, y ambos se ofendieron conmigo cuando les respondí que ya me encontraba viejo y que nada de lo que se había hecho coincidía con nuestros acuerdos. Al parecer, fue a continuación de esto cuando Arquitas llegó ante Dionisio (ya que, antes de marcharme, yo había establecido relaciones de amistad y hospitalidad entre Arquitas, los tarentinos y Dionisio); había también en Siracusa otras personas que habían recibido algunas enseñanzas de Dión y otros que las habían recibido de éstos, todos ellos atiborrados de ideas filosóficas mal entendidas. Yo pienso que estos intentaron discutir estas ideas con Dionisio convencidos de que éste había aprendido de mí todas mis ideas filosóficas. Pero él, a quien la naturaleza no había negado por completo la facultad de aprender, era muy vanidoso. Por ello seguramente le gustaban tales rumores y le daba vergüenza poner en evidencia que no había aprendido nada durante mi estancia allí. De ahí le entró el deseo de un aprendizaje más completo, al mismo tiempo que le impulsaba a ello la vanidad. Las razones por las que no había seguido mis lecciones durante mi primera visita las detallé en el relato que hice anteriormente. Pues bien, después de regresar felizmente a mi patria y negarme a responder a su segunda llamada, como acabo de referir, me parece que Dionisio se sintió muy resentido en su amor propio, temiendo que algunos pudieran pensar que yo

le despreciaba después de haber tenido ocasión de experimentar su manera de ser, su carácter y su género de vida, y que, disgustado por ello, no quería volver a su lado. Ahora bien, es justo que yo diga la verdad y que acepte que alguien, después de conocerse los hechos, desprecie mi filosofía y estime la sensatez del tirano. En efecto, Dionisio me invitó por tercera vez y me envió una trirreme para facilitarme el viaje; envió también a Arquedemo, el hombre de quien él pensaba que yo hacía más caso de toda Sicilia, uno de los discípulos de Arquitas, y a otros sicilianos conocidos míos. Todos ellos me traían la misma noticia, que Dionisio había progresado extraordinariamente en filosofía. Me escribió también una carta muy larga, conociendo bien mi posición respecto a Dión y el interés de éste en que yo embarcara y me dirigiera a Siracusa. La carta había sido redactada teniendo en cuenta todos estos datos; tenía este comienzo y decía más o menos lo siguiente: «Dionisio a Platón»; luego venían las fórmulas habituales de cumplido y añadía sin más preámbulo: «En el caso de que te dejes convencer por mí y vengas ahora a Sicilia, en primer lugar los asuntos de Dión se resolverán de la forma que tú desees; estoy seguro de que tus deseos serán razonables y yo estaré de acuerdo con ellos. Pero de no ser así, ninguna de las cosas referentes a Dión, a sus asuntos en general o a su propia persona, se resolverá a tu gusto». Con estos términos se expresaba; sería largo e inoportuno citar el resto. También me llegaron otras cartas de Arquitas y de los tarentinos, haciendo grandes elogios de la filosofía de Dionisio y añadiendo que, si yo no acudía entonces, echaría a perder por completo la amistad que gracias a mí se había establecido entre ellos y Dionisio y que era de gran importancia para el desarrollo político. Tales eran, en efecto, los términos de la invitación que se me hizo en aquella ocasión: los amigos de Sicilia y de Italia trataban de arrastrarme, los de Atenas trataban de echarme materialmente casi con sus ruegos y de nuevo se repetía la misma consigna: no hay que traicionar a Dión ni a los huéspedes y amigos de Tarento. En mí mismo se mantenía la idea de que no tenía nada de extraño que un hombre joven, con buena capacidad para aprender, oyendo hablar continuamente de temas elevados, sintiera un amor apasionado por la vida perfecta. Por ello se hacía preciso comprobar cuidadosamente lo que efectivamente había de cierto en un sentido u otro, no eludir en modo alguno la cuestión ni asumir la responsabilidad de lo que sería verdaderamente una gran ofensa. O si es que efectivamente se había dicho con este rumor la verdad. Me puse en camino, ofuscado con estos razonamientos, con muchas aprensiones porque al parecer los oráculos no eran muy favorables. Llegué, pues, y a Zeus Salvador ofrezco la tercera copa, ya que en esto al menos tuve realmente éxito: volví felizmente sano y salvo, y esto tengo que agradecerse, después de los dioses, a Dionisio, pues cuando había muchos que deseaban mi muerte, él lo impidió y mostró cierto pudor ante mis asuntos.

A mi llegada, pensé que ante todo debía comprobar si Dionisio estaba realmente inflamado como fuego por la filosofía, o si el rumor que había llegado a Atenas en este sentido carecía de fundamento. Pues bien, hay un procedimiento bastante discreto para llevar a cabo esta prueba, y además es muy adecuado para aplicarlo a tiranos, sobre todo si están rebosantes de ideas mal asimiladas, que es precisamente lo que yo advertí en Dionisio nada más llegar. A esta clase de personas hay que explicarles lo que es la obra filosófica en toda su extensión, y cuántos trabajos y esfuerzos exige. Porque si el oyente es un verdadero filósofo, apto para esta ciencia y digno de ella porque tiene una naturaleza divina, el camino que se le ha enseñado le parece maravilloso, piensa que debe emprenderlo inmediatamente y que no merece la pena vivir de otra manera. Pone, en consecuencia, todo su esfuerzo con los del guía que le dirige y no afloja el paso hasta que ha alcanzado plenamente todos sus objetivos o consigue fuerzas suficientes para poder caminar sin su instructor. Éste es el estado de ánimo con el que vive este hombre,

dedicado a sus actividades ordinarias, cualesquiera que sean, pero ateniéndose siempre en todo a la filosofía, y a un sistema de vida cotidiano que le confiere con la sobriedad una inteligencia despierta, memoria y capacidad de reflexión. Toda conducta contraria a ésta no deja de horrorizarle. En cambio, los que no son verdaderamente filósofos, que tienen únicamente un barniz de opiniones, como las personas cuyos cuerpos están ligeramente quemados por el sol, cuando ven que hay tanto que aprender, el esfuerzo que hay que realizar y la moderación en el régimen de vida cotidiano que la empresa pide, considerándolo difícil e imposible para ellos, ni siquiera son capaces de ponerse a practicarlo, y algunos se convencen de que ya han aprendido bastante de todo y que no necesitan más esfuerzos. Ésta es una prueba evidente e infalible cuando se trata de personas dadas a los placeres e incapaces de hacer esfuerzos, de modo que no pueden acusar a su maestro, sino a sí mismos, cuando no son capaces de seguir todas las prácticas necesarias para la actividad filosófica.

En este sentido me dirigía yo a Dionisio con mis palabras, pues ni le di explicaciones completas ni él tampoco me las pidió, ya que hacía como que sabía muchas cosas y las más importantes, y presumía de estar ya bastante informado gracias a las mal entendidas enseñanzas recibidas de otros. He oído decir que, posteriormente, incluso ha escrito, a propósito de estas cuestiones que entonces aprendió, un tratado que presenta como materia propia, y no como fruto de las explicaciones recibidas, pero no tengo conocimiento cierto de ello. Ya sé que hay otros que han escrito sobre estos mismos temas, pero ni ellos mismos saben quiénes son. En todo caso, al menos puedo decir lo siguiente a propósito de todos los que han escrito y escribirán y pretenden ser competentes en las materias por las que yo me intereso, o porque recibieron mis enseñanzas o de otros o porque lo descubrieron personalmente: en mi opinión, es imposible que hayan comprendido nada de la materia. Desde luego, no hay ni habrá nunca una obra mía que trate de estos temas; no se pueden, en efecto, precisar como se hace con otras ciencias, sino que después de una larga convivencia con el problema y después de haber intimado con él, de repente, como la luz que salta de la chispa, surge la verdad en el alma y crece ya espontáneamente. Sin duda, tengo la seguridad de que, tanto por escrito como de viva voz, nadie podría exponer estas materias mejor que yo; pero sé también que, si estuviera mal expuesto, nadie se disgustaría tanto como yo. Si yo hubiera creído que podían expresarse satisfactoriamente con destino al vulgo por escrito u oralmente, ¿qué otra tarea más hermosa habría podido llevar a cabo en mi vida que manifestar por escrito lo que es un supremo servicio a la humanidad y sacar a la luz en beneficio de todos la naturaleza de las cosas. Ahora bien, yo no creo que la discusión filosófica sobre estos temas sea, como se dice, un bien para los hombres, salvo para unos pocos que están capacitados para descubrir la verdad por sí mismos con unas pequeñas indicaciones. En cuanto a los demás, a unos les cubriría de un injusto desprecio, lo que es totalmente inadecuado, y a otros de una vana y necia suficiencia, convencidos de la sublimidad de las enseñanzas recibidas. Y todavía se me ocurre extenderme más largamente sobre este aspecto: tal vez alguno de los temas de los que hable quede más claro una vez que hayan sido expuestos. Hay, en efecto, un argumento serio que se opone a quien se atreve a escribir cualquier cosa sobre estas materias, argumento ya expuesto por mí muchas veces, pero me parece que debo repetirlo ahora una vez más.

Hay en todos los seres tres elementos necesarios para que se produzca el conocimiento; el cuarto es el conocimiento mismo, y hay que colocar en quinto lugar el objeto en sí, cognoscible y real. El primer elemento es el nombre, el segundo es la definición, el tercero, la imagen, el cuarto, el conocimiento. Pongamos un ejemplo aplicado a un objeto determinado para comprender la idea y extendámoslo a todos los demás. Hay

algo llamado «círculo», cuyo nombre es el mismo que acabo de pronunciar. En segundo lugar viene la definición, compuesta de nombres y predicados: «aquello cuyos extremos distan por todas partes por igual del centro» sería la definición de lo que se llama «redondo», «circunferencia», «círculo». En tercer lugar, la imagen que se dibuja y se borra, se torna en círculo y se destruye, pero ninguna de estas cosas le ocurre al círculo mismo al que se refieren todas las representaciones, pues es distinto a todas ellas. Lo cuarto es el conocimiento, la inteligencia, la opinión verdadera relativa a estos objetos: todo ello debe considerarse como una sola cosa, que no está ni en las voces ni en las figuras de los cuerpos, sino en las almas, por lo que es evidente que es algo distinto tanto en la naturaleza del círculo en sí como de los tres elementos anteriormente citados. De estos elementos es la inteligencia la que está más cerca del quinto por afinidad y semejanza; los otros se alejan más de él. Las mismas diferencias, podrían establecerse respecto a las figuras rectas o circulares, así como a los colores, a lo bueno, lo bello y lo justo, a todo cuerpo, tanto si está fabricado artificialmente como si es natural, al fuego, al agua y a todas las cosas parecidas, a toda clase de seres vivos, a los caracteres del alma, a toda clase de acciones y pasiones. Porque si en todas estas cosas no se llegan a captar de alguna manera los cuatro elementos, nunca se podrá conseguir una participación perfecta del quinto. Además, estos elementos intentan expresar tanto la cualidad de cada cosa como su esencia por un medio tan débil como las palabras; por ello, ninguna persona sensata se arriesgará a confiar sus pensamientos en tal medio, sobre todo para que quede fijado, como ocurre con los caracteres escritos. Éste es también un punto que hay que entender. Cada círculo concreto de los dibujados o trazados en giro está lleno del elemento contrario al quinto, pues está en contacto por todas sus partes con la línea recta. En cambio, el círculo en sí, afirmamos que no contiene ni poco ni mucho de la naturaleza contraria a la suya. Afirmamos también que el nombre de los objetos no tiene para ninguno de ellos ninguna fijeza, y nada impide que las cosas ahora llamadas redondas se llamen rectas, y las rectas, redondas, ni tendrán un valor menos significativo para los que las cambian y las llaman con nombres contrarios. Lo mismo puede decirse de la definición, puesto que está compuesta de nombres y predicados: no hay en ella nada que sea suficientemente firme. Hay mil argumentos para demostrar la oscuridad de estos cuatro elementos, pero el más importante es el que dimos un poco antes: que de los dos principios existentes, el ser y la cualidad, el alma busca conocer no la cualidad, sino el ser, pero cada uno de los cuatro elementos le presenta con razonamientos o con hechos lo que ella no busca, ofreciéndole una expresión y manifestación de ello que siempre son fácilmente refutables por los sentidos, lo cual, por así decirlo, coloca a cualquier hombre totalmente en situación de inseguridad e incertidumbre. Ahora bien, en aquellos casos en que por culpa de nuestra mala educación no estamos acostumbrados a investigar la verdad y nos basta la primera imagen que se nos presenta, no haremos el ridículo mutuamente porque podremos preguntar y responder, con capacidad de analizar y censurar los cuatro elementos. Pero cuando nos vemos obligados a contestar y definir claramente el quinto elemento, cualquier persona capacitada para refutarnos nos aventaja si lo desea, y consigue que el que está dando explicaciones, sea con palabras o por escrito o por medio de respuestas, dé la impresión a la mayoría de los oyentes de que no sabe nada de lo que intenta decir por escrito o de palabra; a veces no se dan cuenta de que no es la mente del escritor o del que habla lo que se refuta, sino la naturaleza de cada uno de los cuatro elementos del conocimiento, que es defectuosa por naturaleza. Sin embargo, a fuerza de manejarlos todos, subiendo y bajando del uno al otro, a base de un gran esfuerzo se consigue crear el conocimiento cuando tanto el objeto como el espíritu están bien constituidos. Pero si por el contrario, las disposiciones son malas por naturaleza, y,

en su mayoría, tal es el estado natural del alma, tanto frente al conocimiento como a lo que se llama costumbres, si falla todo esto, ni el mismísimo Linceo podría hacer ver a estas personas con claridad. En una palabra, a la persona que no tiene ninguna afinidad con esta cuestión, ni la facilidad para aprender ni la memoria podrían proporcionársela, pues en principio no se da en naturalezas ajenas a dicha materia. De modo que cuantos no sean aptos por naturaleza y no armonicen con la justicia y las demás virtudes, por muy bien dotados que estén en otros aspectos para aprender y recordar, así como quienes, teniendo afinidad espiritual, carezcan de capacidad intelectual y de memoria, ninguno de ellos conocerá jamás la verdad sobre la virtud y el vicio en la medida en que es posible conocerla. Es necesario, en efecto, aprender ambas cosas a la vez, la verdad y lo falso del ser entero, a costa de mucho trabajo y mucho tiempo, como dije al principio. Y cuando después de muchos esfuerzos se han hecho poner en relación unos con otros cada uno de los distintos elementos, nombres y definiciones, percepciones de la vista y de los demás sentidos, cuando son sometidos a críticas benévolas, en las que no hay mala intención al hacer preguntas ni respuestas, surge de repente la intelección y comprensión de cada objeto con toda la intensidad de que es capaz la fuerza humana. Precisamente por ello cualquier persona seria se guardará muy mucho de confiar por escrito cuestiones serias, exponiéndolas a la malevolencia y a la ignorancia de la gente. De ello hay que sacar una simple conclusión: que cuando se ve una composición escrita de alguien, ya se trate de un legislador sobre leyes, ya sea de cualquier otro tema, el autor no ha considerado estas cuestiones como muy serias, ni él mismo es efectivamente serio, sino que permanecen encerradas en la parte más preciosa de su ser. Mientras que si él hubiera confiado a caracteres escritos estas reflexiones como algo de gran importancia, «entonces seguramente es que, no los dioses, sino los hombres, le han hecho perder la razón».

El que haya seguido esta exposición y esta digresión comprenderá perfectamente que, si Dionisio o cualquier otra persona de mayor o menor categoría ha escrito un libro sobre las elevadas y primordiales cuestiones referentes a la naturaleza, en mi opinión es que no ha oído ni aprendido doctrina sana alguna sobre los temas que ha tratado, ya que, de no ser así, habría sentido el mismo respeto que yo hacia tales verdades y no se habría atrevido a lanzarlas a un ambiente discorde o inadecuado. Tampoco pudo escribirlo para que se recordara; pues no hay peligro de que se olviden una vez que han penetrado en el alma, ya que están contenidas en los más breves términos; sería más bien por una ambición despreciable, tanto si expuso la doctrina como propia cuanto si pretendió tener una formación de la que no era digno, ambicionando la gloria que esta formación comporta. Si una sola entrevista conmigo se la dio a Dionisio, podría ser, pero cómo pudo ocurrir, sólo Zeus lo sabrá, como dice el tebano. Yo tuve una entrevista con él una sola vez, como ya conté, pero nunca más volví a hacerlo. En este momento debe enterarse, quienquiera que se interese por averiguar cómo ocurrieron realmente los hechos, de los motivos por los que no seguimos las lecciones ni una segunda vez, ni una tercera, ni ninguna otra. ¿Acaso Dionisio, después de haberme oído una sola vez, pensaba que ya sabía bastante, y en efecto sabía lo suficiente, ya fuera por descubrimientos propios o porque había aprendido antes de otros maestros? ¿O juzgaba que mis explicaciones carecían de valor, o bien, tercera hipótesis, que no estaban a su altura, sino que le superaban y realmente se sentía incapaz de llevar una vida entregada a la sabiduría y a la virtud? Porque si pensaba que carecían de valor, esto se contradice con muchos testigos que afirman lo contrario y que en estas materias serían jueces más competentes que él. Si creía que había descubierto o aprendido conocimientos, y que éstos eran valiosos para la educación de un alma libre, ¿cómo hubiera podido, a no ser

que se tratara de un hombre extravagante, desdeñar tan fácilmente a la persona que era su guía y su maestro? Cómo, de hecho, me desdeñó voy a referirlo ahora.

Poco tiempo después de estos acontecimientos, aunque hasta entonces había dejado a Dión la libre disposición de sus bienes y el disfrute de sus rentas, prohibió que en lo sucesivo se las enviaran sus administradores al Peloponeso, como si hubiera olvidado completamente su carta; pues decía que los bienes no pertenecían a Dión, sino a su hijo, que era sobrino suyo, y por ley le correspondía su tutoría. Éstos son los acontecimientos que ocurrieron en aquella época hasta el momento de mi relato; en estas circunstancias, yo había visto con claridad el entusiasmo de Dionisio por la filosofía y tenía motivos para indignarme, tanto si quería como si no. Estábamos entonces en verano, y con ello los navíos se hacían a la mar. Yo pensaba que no debía estar irritado contra Dionisio, sino más bien contra mí mismo y contra los que me habían forzado a cruzar por tercera vez el Estrecho de Escila para afrontar una vez más a la funesta Caribdis y que debía decir a Dionisio que yo no podía prolongar mi estancia después del ultrajante trato de que había sido víctima Dión. Pero él trataba de calmarme y me pedía que me quedara, porque pensaba que no era bueno para él que yo me marchara tan rápidamente siendo portador de semejantes noticias. Como no podía convencerme, dijo que quería preparar personalmente mi viaje. Yo, por mi parte, había pensado embarcarme en cualquier barco mercante, porque estaba tremendamente irritado y dispuesto a arrostrarlo todo si se me ponían impedimentos, puesto que, evidentemente, yo no había hecho ofensa alguna, sino que más bien la había recibido. Y él, al ver que yo no estaba dispuesto en absoluto a quedarme, imaginó la treta siguiente para retenerme durante aquel período de navegación. Al día siguiente de la entrevista vino a verme y se dirigió a mí con estas persuasivas palabras: «Que Dión y sus intereses dejen de ser un obstáculo entre tú y yo y un motivo de discordia permanente. Mira lo que en atención a ti voy a hacer por Dión. Le pido que se haga cargo de sus bienes y resida en el Peloponeso, no como un exiliado, sino con la facultad de volver aquí cuando lo acordemos conjuntamente él y yo y vosotros sus amigos. Pero esto a condición de que no conspire contra mí. Responderéis de ello vosotros, tú y los tuyos, así como los familiares de Dión que están aquí; que también él os dé a vosotros garantías. El dinero que pueda recibir se depositará en el Peloponeso y en Atenas en manos de las personas que vosotros decidáis; Dión disfrutará de los intereses, pero no podrá sin vuestro consentimiento disponer del capital. En cuanto a mí, no tengo demasiada confianza en que sea leal conmigo al disponer de estos bienes, pues su importe es considerable, y sí me fío, en cambio, más de ti y de los tuyos. Mira, pues, si te gusta esta oferta y quédate aquí este año con estas condiciones; acabado este plazo, podrás marcharte, llevándote el dinero. Estoy seguro de que Dión te quedará muy agradecido si haces esto en su favor». Yo me disgusté al oír estas propuestas, a pesar de lo cual le respondí que lo pensaría y que al día siguiente le comunicaría lo que hubiera decidido. Tal fue el acuerdo al que llegamos entonces. A continuación me puse a reflexionar, ya que me sentía muy confuso; lo primero que se me ocurría era lo siguiente: «Vamos a ver, si Dionisio no piensa cumplir ninguna de sus promesas, supongamos que, en el caso de marcharme yo, le escribe una carta muy convincente a Dión comunicándole lo que acaba de decirme, y ordena a otros de sus partidarios que hagan lo mismo, dando a entender que, aunque él lo deseaba, fui yo quien no quiso aceptar sus proposiciones, desentendiéndome de los asuntos de Dión; además de esto, supongamos que no desea mi partida y, sin dar órdenes personales a ningún capitán de barco, deja entender fácilmente a todos que no le gusta que me vaya: ¿habrá alguno dispuesto a tomarme como pasajero una vez que me haya escapado de la residencia de Dionisio?» Yo estaba alojado, en efecto, para mayor desgracia mía, en el jardín contiguo al palacio, de donde el portero no me habría dejado salir de ninguna

manera sin recibir una orden dada por Dionisio. «En cambio, si me quedo este año, podré escribir una carta a Dión diciéndole la situación en que me encuentro y lo que intento conseguir, y, suponiendo que Dionisio cumpla alguna de sus promesas, mi actuación no habrá sido completamente ridícula, ya que la fortuna de Dión, correctamente valorada, no alcanza menos de cien talentos. Pero si las cosas se desarrollan tal como ahora se presentan, como es lógico que ocurra, no sabré qué partido tomar; a pesar de ello, tal vez sea necesario aguantar un año más y tratar de demostrar con hechos las artimañas de Dionisio». Una vez decidido, al día siguiente le di mi respuesta a Dionisio: «He decidido quedarme, pero a pesar de ello —añadí—, te pido que no me consideres como un representante plenipotenciario de Dión y que le escribamos conjuntamente tú y yo comunicándole las decisiones que hemos adoptado y preguntándole si le parecen suficientes; en caso contrario, si desea y pide algún cambio, que lo haga saber cuanto antes; tú entre tanto no debes tomar ninguna medida que cambie su situación». Esto fue lo que le dije y lo que acordamos entre nosotros, más o menos en los términos expresados. A continuación zarparon los barcos, y ya no era posible partir cuando Dionisio tuvo la ocurrencia de decirme que la mitad de los bienes debían considerarse de Dión y la otra mitad de su hijo. Dijo que los iba a vender y, una vez realizada la venta, me daría la mitad para que me la llevara y reservaría la otra mitad para el niño, añadiendo que esto era lo más justo. Yo quedé consternado por sus palabras, pero me pareció que era completamente ridículo poner cualquier objeción; sin embargo, le hice ver que debíamos esperar la carta de Dión y volver a escribirle comunicándole este cambio. Pero él se puso en seguida a vender descaradamente la totalidad de los bienes de aquél, de la forma y manera que quiso y a quienes quiso vender, sin decirme a mí ni una palabra de ello; tampoco yo volví a hablarle de los intereses de Dión, porque me daba cuenta de que era inútil.

Hasta este momento, yo había estado acudiendo de esta manera en ayuda de la filosofía y de mis amigos; desde entonces, así vivíamos Dionisio y yo: yo, con la mirada puesta en el exterior, como un pájaro que está deseando volar de su jaula, y él intentando apaciguarme y sin haberme devuelto ninguno de los bienes de Dión; sin embargo, pretendíamos ser amigos ante Sicilia entera. Precisamente entonces intentó Dionisio rebajar la paga de los soldados más veteranos, contrariamente a las normas seguidas por su padre. Los soldados, furiosos, se reunieron en asamblea y decidieron oponerse. Él intentó emplear la fuerza cerrando las puertas de la acrópolis, pero los soldados se lanzaron al punto contra las murallas vociferando el peán de guerra de los bárbaros. Entonces Dionisio, totalmente aterrorizado, cedió por completo, y aún más ante los peltastas a la sazón reunidos. En seguida se divulgó el rumor de que Heraclides había sido el autor de todos estos acontecimientos. Cuando este rumor llegó a oídos suyos, Heraclides se quitó de en medio y se escondió. Dionisio intentaba detenerle, pero, no sabiendo cómo, llamó a Teodotes a su jardín, en el que casualmente me encontraba yo en ese momento paseando. Ignoro el resto de su conversación, ya que no lo oí, pero sé y recuerdo perfectamente las palabras que Teodotes le dijo a Dionisio delante de mí: «Platón», dijo, «yo estoy intentando convencer a Dionisio para que, si consigo traer aquí a Heraclides para que responda de las acusaciones que se han lanzado contra él, en el caso de que no crea que debe dejarle vivir en Sicilia, le deje embarcar para el Peloponeso con su mujer y su hijo y pueda vivir allí disfrutando de sus bienes y sin atentar contra Dionisio. Tal es mi petición; ya mandé a buscarle una primera vez y volveré a hacerle llamar, a ver si me hace caso a la primera o a la segunda de mis llamadas. Pero pido y suplico a Dionisio que en el caso de que se encuentre a Heraclides, sea en el campo o aquí, que no le ocurra ninguna otra cosa desagradable que la de ser desterrado del país hasta que Dionisio tome e otra decisión». Y dirigiéndose a

éste, añadió: «¿Estás de acuerdo con esto?». «Estoy de acuerdo en ello —respondió—, y aunque se le encuentre en los alrededores de tu casa, no sufrirá otro daño que el que acaba de decirse». Pues bien, al día siguiente por la tarde, Euribio y Teodotes acudieron a mí presurosos y completamente turbados, y Teodotes me dijo: «Platón, tú fuiste ayer testigo del acuerdo al que llegamos tú y yo con Dionisio a propósito de Heraclides». «Desde luego», respondí yo. «Pues ahora —continuó— andan peltastas corriendo por todas partes buscando a Heraclides para prenderle, y es posible que se encuentre por estos alrededores, de modo que es absolutamente preciso que nos acompañes para ver a Dionisio». Fuimos, en vista de ello, y comparecimos ante él; ellos dos se mantenían de pie con lágrimas en los ojos, y yo tomé la palabra: «Mis compañeros tienen miedo de que tomes medidas contrarias a nuestros acuerdos de ayer, pues parece que ha vuelto y se le ha visto por aquí». Al oír estas palabras, Dionisio se encolerizó y su rostro pasó por todos los colores, como le ocurre a una persona irritada. Teodotes cayó a sus pies, le cogió la mano llorando y se puso a suplicarle que no hiciera nada parecido. Entonces yo dije, tratando de animarle: «Tranquilízate, Teodotes, que Dionisio no se atreverá a hacer nada quebrantando sus promesas de ayer». Entonces Dionisio fijó en mí su mirada y, con talante muy propio de un tirano, me dijo: «A ti yo no te he prometido nada en absoluto». «Sí, por los dioses —repliqué yo—, y precisamente lo mismo que este hombre te está pidiendo». Y con estas palabras me di la vuelta y me marché. A continuación, Dionisio prosiguió su intento de cazar a Heraclides, pero Teodotes envió emisarios exhortándole a que huyera. El tirano lanzó en su persecución a Tisias, al frente de un destacamento de peltastas, pero Heraclides, según se dijo, se le adelantó por unas horas apenas y pudo refugiarse en territorio cartaginés.

Después de estos sucesos, Dionisio pensó que su antiguo proyecto de no devolverle sus bienes a Dión tenía ya un motivo convincente en sus relaciones inamistosas conmigo; primero me echó de la acrópolis con el pretexto de que tenían que celebrar un sacrificio de diez días de duración en el jardín donde yo habitaba. Me ordenó, pues, pasar este tiempo fuera, en casa de Arquedemo. Estando yo allí, Teodotes mandó a buscarme; estaba muy indignado por todo lo que había ocurrido y se estuvo quejando de Dionisio. Cuando éste se enteró de que yo había ido a casa de Teodotes, se convirtió para él en otro motivo de desacuerdo conmigo, de la misma naturaleza que el anterior. Por medio de un mensajero me hizo preguntar si efectivamente me había entrevistado con Teodotes por invitación de éste. «Desde luego», dije yo. «En este caso —replicó el mensajero—, me encargó que te dijera que haces mal dando más importancia a Dión y a sus amigos que a él mismo». Esto fue lo que dijo, y ya no me hizo llamar en más ocasiones a su palacio, como si ya estuviera perfectamente claro que yo era amigo de Teodotes y de Heraclides y, en cambio, enemigo suyo. Además, suponía que yo no podía sentir simpatía hacia él, ya que había dilapidado por completo los bienes de Dión. A partir de entonces yo habité fuera de la acrópolis, entre los mercenarios. Vinieron a verme, entre otros, unos remeros de origen ateniense, conciudadanos míos, que me informaron de que yo estaba siendo difamado entre los peltastas y que algunos habían proferido amenazas de muerte contra mí si conseguían cogerme. Entonces se me ocurrió la siguiente estratagema para salvarme. Envié un mensaje a Arquitas y a mis otros amigos de Tarento advirtiéndoles de la situación en que me encontraba. Ellos, presentándola como una embajada, enviaron desde su ciudad una nave de treinta remos con uno de ellos, Lamisco, que nada más llegar fue a ver a Dionisio para interceder por mí, diciéndole que yo deseaba partir y pidiéndole que no se opusiera. Dionisio dio su consentimiento y me despidió, dándome dinero para los gastos de viaje. En cuanto a los bienes de Dión, ni yo se los reclamé ni él me dio nada.



Cuando llegué al Peloponeso encontré en Olimpia a Dión, que estaba allí asistiendo a los juegos, y le conté lo sucedido. Él, poniendo a Zeus como testigo, nos exhortó inmediatamente a mí, a mis parientes y amigos a preparar nuestra venganza contra Dionisio; nosotros, porque había traicionado a sus huéspedes (lo decía tal como lo pensaba), y él, por haber sido expulsado y desterrado injustamente. Cuando yo oí estas palabras, le invité a que solicitara la ayuda de nuestros amigos, si es que estaban dispuestos a dársela, «Y en cuanto a mí, —añadí—, fue casi forzado por ti y por los otros como compartí la mesa, la morada y los sacrificios de Dionisio. Éste tal vez creía, porque eran muchos los calumniadores, que yo de acuerdo contigo conspiraba contra él y contra su régimen tiránico, a pesar de lo cual no me mandó matar, sino que sintió pudor en hacerlo. Por otra parte, yo ya no tengo edad para hacerme aliado de guerra de nadie, pero me uniré a vosotros siempre que necesitéis reanudar vuestra amistad y favoreceros mutuamente; pero mientras estéis deseando haceros mal, buscad otros aliados». Esto es lo que yo les dije, porque había llegado a aborrecer mis andanzas por Sicilia y mi fracaso. Pero ellos no me hicieron caso ni atendieron mis intentos de reconciliación, y se hicieron responsables de todas las desgracias que ahora les han ocurrido. Nada de esto habría ocurrido, en la medida en que pueden conjeturarse los azares humanos, si Dionisio hubiera devuelto a Dión sus bienes, o se hubiera reconciliado por todos los medios con él, pues en ese caso yo habría podido contener fácilmente a Dión con mi voluntad y mi influencia. En cambio, ahora, al dirigirse uno contra otro, han desencadenado toda clase de desastres. Sin embargo, Dión tenía las mismas intenciones que yo diría que debería tener yo mismo o cualquier persona sensata; tanto en lo que se refiere a su influencia personal, como a sus amigos, como a su patria, no tendría otra ambición que prestarle los más grandes servicios y convertirse en una persona poderosa y honrada entre todos. No es ése el caso del que se enriquece a sí mismo, a sus partidarios y a su ciudad organizando conjuraciones y reuniendo conspiradores, cuando se es pobre, no se tiene autodomínio y uno es víctima cobarde de sus pasiones; cuando se da muerte a los ricos, llamándolos enemigos y dilapida sus bienes e invita a hacer lo mismo a sus colaboradores y cómplices, para que ninguno de ellos tenga que echarle en cara su pobreza. Ése es también el caso del que es honrado por su ciudad como su bienhechor por haber distribuido por decreto a las masas los bienes de unos pocos, o del que estando al frente de una ciudad importante, que a su vez preside a otras más débiles, adjudica a la suya los bienes de las ciudades más pequeñas contra todo derecho. Ni Dión ni ningún otro aceptaría voluntariamente un poder que sería eternamente funesto para él y para su raza, sino que tendería más bien a una constitución y a un sistema legislativo verdaderamente justo y bueno, conseguido sin ningún tipo de matanzas o destierros. Eso es precisamente lo que Dión trataba de llevar a cabo, y ha preferido sufrir injusticias a cometerlas, y aunque tomó precauciones para no sufrirlas, sin embargo sucumbió cuando estaba a punto de alcanzar la cumbre, la victoria sobre sus enemigos. Lo que le ocurrió no tiene nada de extraño, pues un hombre justo, sensato y prudente, al tratar con hombres injustos, no puede dejarse engañar sobre la manera de ser de tales personas, pero tampoco tiene tal vez nada de extraño que le ocurra como a un buen piloto a quien no puede pasarle desapercibido que se acerca una tempestad, pero no puede prever su extraordinaria e inesperada magnitud y, por no preverla, forzosamente zozobra. Esto mismo fue también lo que hizo caer por muy poco a Dión. Él conocía muy bien la maldad de los que le hicieron caer, pero lo que no podía prever era hasta qué punto era profunda su estulticia, su perversión y voracidad. Este error le hizo sucumbir, sumiendo a Sicilia en un inmenso duelo.

Después de lo que acabo de decir, mis consejos están ya más o menos expuestos, y ya es suficiente. He vuelto a reanudar el relato de mi segundo viaje a Sicilia porque me

pareció necesario contároslo a causa del carácter absurdo o extraño que tomaron los acontecimientos. Por ello, si mis explicaciones actuales parecen razonables y se juzgan satisfactorios los motivos que explican los hechos la exposición que acabo de hacer podrá considerarse adecuada y discreta.